

CLAIRE DELACROIX

La mujer que llegó de la nieve

Traducción de Edith Zilli

punto de lectura



Título original: *The snow white bride*

© 2005, Claire Delacroix, Inc.

© Traducción: Edith Zilli

© De esta edición:

2011, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-1384-1

Depósito legal: B-12.346-2011

Impreso en España – Printed in Spain

Fotografías de portada: Superior: © Age fotostock

Inferior: © Getty Images

Primera edición: abril 2011

Impreso por **blackprint**
A CPI COMPANY

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Kinfairlie, Escocia
24 de diciembre de 1421

La nieve caía rápida, espesa; el cielo sin estrellas era más oscuro que el añil. Ya bien pasada la medianoche, Eleanor comprendió que no podía continuar huyendo. La pequeña aldea que se alzaba ante ella parecía enviada por el cielo; no había allí altas murallas ni portones trancados. En verdad, ella no creía que hubiera algo tan apacible en sitio alguno de la Cristiandad, pero aun así la tranquilidad de la población resultaba seductora.

No sabía cómo se llamaba ese lugar; tampoco le importaba. Apenas ver la iglesia decidió inmediatamente que esa aldea durmiente, con su serena certeza sobre la bondad del mundo, era el sitio que escogería para descansar.

La noche no duraría mucho más, pues la oscuridad ya iba dando paso a la luz del alba. Eleanor ignoraba adónde iría después, pero comprendió que no podría tomar ninguna decisión mientras estuviera tan agotada.

La puerta de la iglesia no estaba cerrada con llave; ella suspiró de alivio al comprobar que su último temor resultaba infundado. Se adentró en sus sombras, que la abrazaron, y dejó que la puerta se

cerrara pesadamente tras de sí. Aguardó, casi esperando que la ilusión de tranquilidad se hiciera trizas, pero a sus oídos sólo llegaba el silencio. De pie en el umbral, inhaló profundamente el aroma de los cirios de cera, el aire de plegaria y devoción, el aura de todo lugar sagrado.

Asilo.

Por encima del altar había un solo cristal pequeño; la luz reflejada por la nieve lo atravesaba e iluminaba el interior desnudo de la capilla. Era una iglesia humilde, sin duda; se la notaba vacía aun en la penumbra. El altar estaba desprovisto de cáliz y de custodia, prueba de que hasta esa comunidad creía que era menester guardar tales tesoros bajo llave.

Eleanor vio el banco próximo al altar, quizá el que utilizaba el sacerdote, y se sentó en él. Se detenía por primera vez después de pasar una eternidad corriendo.

Luego escuchó, temiendo lo peor.

No se oía ruido alguno, salvo el fuerte palpar de su corazón. No había ruido de cascos que la persiguieran. No ladraban sabuesos que hubieran hallado su rastro. No gritaba nadie para anunciar que habían descubierto sus huellas.

Esa nieve que caía deprisa bien podía ser una bendición, pues no tardaría en ocultar su trayecto y disimular su olor. Se acomodó en el asiento, decidida a esperar el tiempo necesario hasta tener la certeza de que estaba a salvo.

Percibió, uno a uno, los dolores de su cuerpo exhausto; sólo entonces se percató del frío que había cogido: no sentía la punta de los dedos; se cruzó de

brazos, con las manos metidas bajo las axilas. Su estómago debía de estar vacío, pero estaba tan cansada que no lo notaba. Eso sí, estaba sedienta, sin duda.

¿Habían pasado sólo tres días y tres noches desde que todo cambiara irrevocablemente? No se atrevió a preguntarse qué sería ahora de ella; estaba demasiado cansada para pensar en algo que no fuera el objetivo, casi imposible, de escapar.

Era mejor quedarse allí, sentada; la maravillaba oír sólo el leve rumor del mar. Era un sonido suave, de efecto similar al de una canción de cuna. ¿Era posible que los parientes de Ewen hubieran abandonado la persecución?

Eleanor no podía creerlo. Permanecía alerta, vigilante, pero poco a poco empezó a sentirse más abrigada. Esa tibieza la traicionaba, socavando su decisión de permanecer despierta, instándola a sucumbir al agotamiento. Aunque luchaba contra el sueño, últimamente había soportado demasiadas cosas. No pasó mucho tiempo sin que recogiera los pies bajo el cuerpo, sin quitarse las botas, y se ciñera el manto forrado de armiño; por primera vez desde la muerte de Ewen se atrevía a pensar en dormir.

Murmuró una plegaria, pero no rezaba por el alma de su esposo, recientemente fallecido. Sabía que Ewen estaba perdido, más allá de toda redención; sin duda ardía en el infierno.

Más aún: en el fondo de su corazón se alegraba de eso. También era lo bastante perversa como para creer que él no merecía otra cosa.

Cuando amaneciera, comenzaría a purgar sus pecados de pensamiento y de obra. Por el momento,

empero, sólo alcanzó a cubrirse el pelo con la capucha antes de cerrar los ojos y recibir de buen grado la bendición del sueño.

* * *

Quienes asistían al primer oficio de la mañana en la capilla de Kinfairlie eran sobre todo las mujeres, tanto las del torreón como las de la aldea. Aun en la víspera de Navidad, esa mañana no fue diferente.

Madeline llegó con sus cuatro hermanas: Vivienne, Annelise, Isabella y Elizabeth. Tanto Madeline como Vivienne estaban ya avanzadas en sus respectivos embarazos; las otras aún eran doncellas. Formaban un grupo bullicioso, pues las dos mayores no visitaban el hogar de Kinfairlie desde sus nupcias, hacía ya meses; las cinco hermanas Lammergeier continuaron parlotando después de entrar en la capilla de la aldea.

La mujer arrodillada frente al altar dio un respingo al oírlas llegar y echó una mirada por encima del hombro, con una exclamación ahogada y el miedo grabado en el semblante.

Era tan bella que Madeline quedó boquiabierta de asombro.

Y era desconocida. En Kinfairlie había pocos forasteros, sobre todo a esa altura del año. Madeline se sintió tan intrigada como debían de estarlo todos los que entraban en la capilla con las Lammergeier.

Esa mujer no era soltera, puesto que se cubría la cabeza con un velo de gasa y una diadema. Lo

que se veía de su cabellera era más oro que platino. En el momento en que miró a las hermanas, Madeline vio una piel tan clara que semejaba tallada en alabastro. El verde de sus ojos sorprendía por lo vívido; sus labios eran rojos como rubíes. Parecía tener su misma edad.

Pero su miedo era casi palpable. Después de observar a las recién llegadas giró abruptamente y se echó sobre la cabeza la capucha del manto color zafiro, a fin de ocultar sus facciones; luego volvió a inclinarse para continuar sus plegarias. Madeline se preguntó a qué horrores se había enfrentado, puesto que parecía temer a los desconocidos.

Hasta su manto era notable: paño de lana muy finamente hilada y forrado con unas pieles de armiño que podrían haber pagado el rescate de un rey. Por ende se trataba de una mujer noble, pues ninguna persona del vulgo podría haber costeadado semejante prenda.

Sin embargo, no llevaba escolta y no había ningún caballo de raza ante la capilla. ¿Era acaso posible que una mujer así viajara sola o a pie?

No, a menos que corriera un gran peligro. Madeline contuvo el aliento ante una verdad tan simple; inmediatamente sintió el deseo de prestarle ayuda. De hecho, cualquier otra dama de noble cuna habría golpeado a las puertas del torreón para requerir la hospitalidad de otros cristianos.

Pero esa mujer no tenía corcel; llevaba las botas enlodadas y había polvo en el ruedo de su manto. Tal vez había temido pedir ayuda, lo cual no decía nada bueno de sus circunstancias.

El padre Malachy dirigió una sonrisa benévola a la mujer que oraba y un gesto ceñudo a las bulliciosas hermanas. Las Lammergeier se arrodillaron mansamente al frente de la capilla, junto a la forastera. Madeline podía casi palpar las preguntas de sus hermanas; no le sorprendió encontrarse al lado de la desconocida, como por silencioso y mutuo acuerdo.

Por ser la mayor, la habían designado para averiguar algo más.

El oficio se le antojó increíblemente largo; se descubrió pensando más en la dama sentada a su lado que en sus oraciones. Al fin el sacerdote acabó con lo suyo. La mujer trató de abandonar la capilla pegada a los talones del clérigo, pero las hermanas tenían otra idea. Ella dio un respingo al sentir que la mayor le tocaba el codo, pese a la barrera del manto que las separaba. Cuando la forastera se detuvo, Annelise e Isabella se escabulleron para bloquearle la salida.

—No sois conocida en estos parajes —observó Madeline.

A la mujer se le dilataron los ojos al notar que la habían rodeado, pero asintió con la cabeza.

—No tengo intención de hacer ningún daño. Sólo me he detenido a rezar. —Trataba de salir, pero las hermanas se plantaron, resueltas.

—Pero alguien tiene intención de haceros daño a vos —adivinó Vivienne, llena de convicción—. De otra manera no habríais buscado refugio en la casa de Dios.

La forastera entornó los ojos, suspicaz.

—¿Quiénes sois? ¿Y de quién sois aliadas?

—¿No sabéis adónde habéis venido? —inquirió Madeline.

La dama negó con la cabeza.

Eso, por sí mismo, ya era intrigante. Debía de estar muy lejos de su hogar. ¿Qué la habría obligado a huir en medio de la noche, sin destino definido? Madeline, que en una oportunidad había hecho lo mismo, sintió cierto vínculo con esa mujer.

—Soy Madeline FitzHenry, antes de Kinfairlie, ahora señora de Caerwyn —se presentó, suavizando sus palabras con una sonrisa—. Éstas son mis hermanas. Nos hemos reunido a celebrar la Navidad en nuestro hogar ancestral de Kinfairlie. Ningún huésped es aquí mal recibido.

—Kinfairlie. —La mirada de la forastera fue de una a otra—. Pues entonces debéis de estar emparentadas con los Lammergeier. He oído hablar de ellos.

—Lammergeier es nuestro apellido —confirmó Vivienne.

La mujer inspiró hondo, como para serenarse; se habría dicho que no le era grato saber dónde se encontraba.

—Se dice que los Lammergeier no se alían con nadie durante mucho tiempo.

—Es una acusación algo dura en boca de alguien que no nos conoce... —comenzó Isabella, pero su hermana mayor la acalló poniéndole una mano en el brazo.

—¿Por qué os importa saber cuáles son nuestras alianzas? ¿Necesitáis ayuda? ¿No os sentís segura junto a quienes puedan tener alianzas en esta zona?

La desconocida recogió sus faldas e hizo nuevamente ademán de salir.

—Os agradezco el interés, pero será menos peligroso para vosotras no saber más de mí.

Y giró en redondo. Isabella y Annelise, frente a su gesto decidido, se apartaron. La capilla ya estaba desierta, con excepción de las hermanas y esa mujer, que se alejaba con el porte de una reina.

—¿Y qué sería menos peligroso para vos? —preguntó Madeline en voz baja, aunque sus palabras resonaron en todo el templo.

—Decidnos de quién huís y por qué —pidió Isabella, que nunca tenía miedo de esos detalles.

La mujer se detuvo, como si aquello la tentara.

—¿Cómo sabría que puedo confiar en vosotras?

—¿En quién más podéis confiar? —preguntó Madeline—. No tenéis siquiera corcel, mucho menos doncella que os acompañe. Creo que no podréis recorrer mucha más distancia. Y también creo que estáis en peligro. Os ofrecemos ayuda.

Entonces la dama pareció flaquear y bajó la vista a las piedras del suelo. La mayor de las Lammergeier alargó hacia ella una mano consoladora, pero la desconocida irguió la espalda y echó hacia atrás la capucha.

—Mi historia no es tan extraña —dijo con majestuosa decisión—. Mi padre me casó con un hombre de su elección, muchísimo mayor que yo. Algunos años después, cuando enviudé, mi padre volvió a casarme con otro.

—Quien también ha muerto —arriesgó Vivienne, que tendía a adivinar la parte siguiente de cualquier relato.

—Pero no antes de que yo quedara huérfana. No tengo más parientes que la familia de mi esposo: mi madre murió hace mucho tiempo y no he tenido hijos con ninguno de mis maridos.

—Por cierto, recobrasteis vuestra dote, ¿verdad?
—preguntó Isabella.

La desconocida sonrió con ironía.

—No, por cierto. —Algo centelleó en sus ojos, una decisión más potente que el miedo. Madeline comprendió que a esa mujer no le gustaba la familia de su esposo. Ese rechazo debía de ser muy potente para que hubiera abandonado su dote.

—Siempre se ha dicho que la mujer se casa la primera vez por obligación y la segunda por amor —comentó Vivienne—. Casarse dos veces por obligación sobrepasa lo que se espera de una.

—¡Y contra todos mis deseos! —exclamó la mujer con un destello en los ojos—. He hecho cuanto me era posible para evitar ese destino. He abandonado mi antigua morada sólo con la ropa que llevaba puesta, sin llevarme lo que debería ser mío. Pero a ellos no les basta. Me persiguen como sabuesos a la presa. En verdad no me atrevo a confesar a nadie el nombre de esa finca, por temor a que me hallen nuevamente.

Sus labios se tensaron en un estremecimiento que desgarró el corazón de Madeline.

—Necesitáis protección en vez de continuar huyendo.

—¿Y qué tonto se atrevería a protegerme?

—Si os casarais otra vez, vuestro esposo os defendería —señaló Vivienne.

—Un esposo escogido por vos —agregó Elizabeth.

—Imposible. —La mujer sacudió la cabeza—. Lo siento. No debería haberos cargado con mis pesares.

—Pero ¿adónde iréis? —preguntó Elizabeth.

—Tan lejos como sea necesario —respondió. Y se envolvió en su manto para alejarse deprisa por el pasillo—. No me atrevo a permanecer aquí más tiempo. Sólo he llegado a Kinfairlie —susurró, casi para sí misma—. Deben de venir pisándome los talones.

Después de subirse la capucha, alargó la mano hacia el pomo de la pesada puerta de madera.

—No podemos dejarla ir —decidió Madeline. Sus hermanas se mostraron de acuerdo—. Jamás podrá alejarse tanto que no la persigan.

—Sin duda exagera sus temores —insinuó Vivienne—. Los parientes de su esposo pueden haberla amenazado; hasta es posible que la sigan. Pero en cuanto se case con otro abandonarán la persecución. No sería razonable continuarla, sobre todo si ya se han quedado con su dote.

—No creo que haya tenido oportunidad de ordenar sus pensamientos —reflexionó Madeline, que se solidarizaba con esa mujer—. Quién sabe cuánto tiempo ha pasado sin comer.

—O sin dormir, por el miedo a que sus avariciosos parientes se lancen sobre ella en plena noche. —Vivienne se estremeció ante la perspectiva.

—Necesita un defensor leal —manifestó Elizabeth con entusiasmo—. Como los valientes caballeros de las leyendas. Alguien capaz de vencer a todos sus enemigos.

—Haría falta un hombre excepcional y honorable para defender su causa —terció Annelise.

—Un hombre audaz, que no tema enfrentarse a cualquier adversario con tal de librar a su dama de todo peligro —agregó la menor, a quien le encantaban los cuentos—. Alguien capaz de matar dragones por ella y de hacer que los malvados huyan de sus puertas.

—No hay dragones que derrotar —adujo Isabella, irónica—. Sólo parientes codiciosos.

Madeline intercambió una sonrisa con Vivienne, pues al parecer la idea se les había ocurrido a ambas al mismo tiempo.

—Hum —murmuró—. Un caballero valiente, soltero, pero en posesión de su herencia y, por lo tanto, en condiciones de casarse.

—Un hombre empeñado en que se cumpla lo que es justo —agregó Vivienne, ensanchando la sonrisa.

—Un hombre que sepa cortejar a una dama y tratarla con el honor que ella merece —contribuyó Annelise, pues leía con claridad los pensamientos de su hermana mayor.

—¿No sería perfecto que conociéramos a un hombre así? —exclamó Madeline.

—¿Sobre todo si sus votos nupciales sirvieran para pagar la deuda que tiene con sus propias hermanas? —continuó Vivienne.

Elizabeth rompió en risas. Isabella, en cambio, aún parecía confundida.

—Alexander nos buscó esposos cuando nosotras no teníamos ningún deseo de casarnos —explicó la mayor—. Propongo que le retribuamos el favor y, al mismo tiempo, ayudemos a esta dama atribulada.

—A Alexander le sentará bien probar una dosis de su propia medicina —aseguró Elizabeth con cierto apasionamiento—. Aunque me parece que ella es demasiado buena para él.

—Tendremos que buscar el acuerdo de la señora —adujo Vivienne sin prestarle atención. Últimamente su hermana menor estaba muy enfadada con Alexander y expresaba sobre él opiniones muy poco halagüeñas.

—¡Señora! —llamó Madeline. Las hermanas corrieron tras ella como una sola persona—. ¡No huyáis!

Y salieron tempestuosamente de la capilla para detenerla. La dama se paró en el camino de ronda, hundida hasta los tobillos en la nieve fresca, y echó una mirada atrás, como si temiera concebir la esperanza de que alguien pudiese auxiliarla.

—Mi hermano, el señor de Kinfairlie, necesita esposa —dijo Madeline.

Las hermanas rodearon una vez más a la mujer, con los ojos encendidos por la perfección de su plan.

—Es un hombre honorable —dijo Vivienne— y se encargará de protegeros. No es de mal ver y sabe mostrarse encantador.

—Es algo travieso —advirtió Isabella a la desconocida.

—Pero toma sus responsabilidades muy en serio y se desempeña bien como señor de Kinfairlie.

—Pero no podéis pretender que me despose. Apenas me conocéis. Y él no me ha visto siquiera.

—Concertar matrimonios es cosa cotidiana —replicó Vivienne con una sonrisa.

Elizabeth se echó a reír. La mujer las miró a ambas, sin comprender la referencia. Vivienne se adelantó para enlazar su brazo con el de la forastera.

—Venid a verlo. Si os despierta interés, casaros con él si os parece adecuado...

Madeline la cogió por el otro brazo.

—Entonces podéis dejar los detalles por nuestra cuenta.

—Esta noche habrá muchos invitados en el salón —agregó la segunda hermana—. Nadie reparará en otra presencia. Y si desecháis la idea, mañana podréis continuar viaje.

La desconocida aceptó el plan con una inclinación de la cabeza, pero Madeline no se dejó engañar por su aparente reserva. El solo hecho de tener una opción daba nuevo vigor a su paso. Y la joven sabía que esa noche Alexander estaría más cordial que nunca. Tal vez postergara su obligación de casarse; hasta era posible que protestara por el entrometimiento de sus hermanas, pero una vez que viera a esa belleza en su lecho, una vez que tuviera a un niño brincando en sus rodillas, les estaría agradecido por haberlo ayudado a conseguir una esposa así.

Madeline estaba segura.

* * *

Alexander Lammergeier, laird* de Kinfairlie, estaba harto de tantas responsabilidades. Las cuentas de la finca no se nivelarían jamás, a menos que recibiera

*Noble latifundista escocés.

un gran aporte financiero de alguna fuente inesperada. Ese año había casado a dos de sus hermanas, por consejo de quienes sabían más que él sobre la administración de una propiedad, pero no lograba ver qué beneficio económico había obtenido al tener dos bocas menos que alimentar: después de todo aún había decenas de residentes entre sus muros.

Desde el salón ascendían los ruidos de la celebración. A pesar de ser la víspera de Navidad, él trabajaba con los registros contables de Kinfairlie, tratando de hallar algún denario extraviado.

No había ningún denario extraviado y él lo sabía muy bien. Más aún: detestaba ser laird de Kinfairlie. Habría querido que sus padres estuvieran allí, sanos y salvos; habría querido preguntar a su padre cómo se lograba cargar con tanta responsabilidad, qué se hacía cuando la lluvia se llevaba la simiente y los campesinos que dependían de él pasaban hambre.

Más aún: habría querido que su tío Tynan, que lo había respaldado tanto tras el fallecimiento de sus padres, saliera de las cuevas que se extendían bajo su castillo y le explicara que no había muerto después de todo. Habría querido que su tía Rosamunde, también perdida entre los escombros de Ravensmuir, surgiera de entre las ruinas para decirle que la noticia de su muerte era pura exageración... y que le regalara alguna reliquia antigua junto con el relato. Rosamunde no era su tía, en verdad, pero Alexander y sus hermanos continuaban considerándola como tal, aun después de saber que ella había sido adoptada en su infancia.

Alexander quería respuestas y consejos; quería recuperar la alegría de su vida anterior. Pero sólo

tenía cargas. Sus hermanas ya no eran pasto para sus bromas y sus travesuras, sino doncellas a las que era menester buscar esposos adecuados. Las dos mayores ya estaban casadas, pero no podía negar, ni un momento, que él no había manejado bien esos acuerdos nupciales. La suerte le sonrió en ambas circunstancias; sólo por eso Madeline y Vivienne tenían ahora matrimonios felices.

Por sugerencia de tío Tynan, sus dos hermanos varones recibían instrucción en Inverfyre y Ravensmuir; eso le aliviaba el costo de mantenerlos, pero también lo privaba de su alegre compañía. Peor aún: Malcolm había heredado Ravensmuir, aunque era más joven e inexperto que el propio Alexander, y recurría a éste en busca de consejos que él rara vez podía darle. Ross estaba en Inverfyre para ganarse las espuelas bajo la dirección de su tío; Alexander consideraba eso como un señalado favor del Halcón de Inverfyre, pero aun así echaba de menos la compañía de su hermano menor. Sería un gran desencanto no tenerlo allí esa Navidad.

Se sentía solo y frustrado, sin perspectivas de cambio en el futuro. Había fracasado en todos los aspectos, pese a que en otros tiempos todo solía salirle bien. Clavó una mirada ceñuda en esos condenados libros, en tanto oía aquella música que no sabía, por cierto, cómo iba a pagar, y lanzó un vigoroso taco.

Era Navidad. Él había querido agasajar a los campesinos de Kinfairlie, como mandaba la tradición, pese a la falta de dinero en su tesoro. Sería mejor disfrutar también de las festividades.

Tal vez fuera la última Navidad alegre de Kinfairlie.

Cerró violentamente los registros contables de su finca, y los dejó caer en el baúl donde se guardaban para saborear el ruido sordo contra el fondo. Luego bajó sonoramente la tapa del baúl y echó la llave. Apenas pudo contenerse para no arrojar la llave por la ventana, hacia aquella nevada que no había cesado en todo el día.

De hecho, tenía el puño en alto cuando una discreta tos de su castellano* detuvo su gesto.

Alexander giró sobre sus talones con elegancia y, después de guardar la llave en su taleguilla, sonrió a Anthony como si el hombre no le hubiera interrumpido un saludable impulso.

—Buenas noches, Anthony. Supongo que en el salón todo está bien, ¿verdad?

—Bastante bien, milord. ¿Puedo deducir que habéis equilibrado las cuentas de este año?

—Podéis —respondió el joven, con una alegría que llevaba mucho tiempo sin experimentar—, pero os equivocaríais.

El castellano frunció el entrecejo.

—Vuestro padre no habría salido de su alcoba sin haber completado su trabajo.

—Mi padre ha muerto, y, si bien sus hábitos eran ejemplares, no son necesariamente los míos. —Al pasar junto al anciano, olfateó con aire apreciativo—. ¡Venado! Sois una maravilla, Anthony.

—El molinero derribó dos machos. Se supone que fue accidental, milord. —Se acentuó su ceño—. Detrás del asunto hay más de lo que se cuenta, pues

*Alcaide o gobernador del castillo.

todos sabemos que los plebeyos no tienen derecho a cazar venados, y es bastante difícil confundirlos con otro animal. Me parece que deberíamos llegar al fondo del caso, para evitar que cualquiera crea que puede cazar sin repercusiones...

—Pues a mí me parece que debemos dejar las cosas así; antes bien, disfrutemos de la carne y de las fiestas —replicó el joven, decidido.

—Pero...

—Es que tienen hambre, Anthony. La cosecha ha sido escasa, y las huertas, en su mayoría, tampoco han rendido bien. Ya tiene mérito que compartan el botín con todos.

El anciano irguió la espalda con aire disgustado.

—Vuestro padre jamás habría permitido que se transgredieran sus derechos de semejante modo...

—Tampoco habría permitido que sus subordinados pasaran hambre. —Alexander suavizó el tono y apoyó una mano en el hombro de su castellano—. Este año ha sido algo muy fuera de lo común, hombre; no castigaré a mis invitados por cuidar de que los platos estén bien llenos. La Navidad es una fiesta de regocijo y perdón. Recibamos con esperanza este nuevo año.

Anthony inspiró profundamente, pero su amo no quería continuar discutiendo sobre su propia falta. En vez de escoger a unos pocos campesinos de la aldea para agasajarlos en el salón del señor, el joven los había invitado a todos. En el curso de ese año, las malas condiciones habían mermado la población de la aldea; él quería que todos (hombres, mujeres y niños) participaran de lo que pudiera ofrecerles.

No dejaban de llegar desde la misa de la mañana; cada uno llevaba su servilleta, su cuchara e, indudablemente, su apetito. Muchos aportaban al festín los pollos y las velas que debían al laird.

Alexander brindaba a sus aldeanos lo que podía: cuidaba de que tuvieran justicia y trataba de proporcionarles semillas para los campos; esa noche, fuera cual fuese el coste, se encargaría de llenarles el estómago.

Era Navidad. Anthony podía decir lo que quisiese.

El día anterior había llegado su hermana Madeline con su esposo, Rhys FitzHenry. A petición de Alexander, Rhys y los hombres que lo acompañaban habían salido de cacería con dos de los halcones de Kinfairlie. Regresaron con cuatro docenas de conejos.

Vivienne y su esposo, Erik Sinclair, habían pasado por Inverfyre en su viaje hacia el sur; allí recogieron cinco cestas de anguilas; además, su hermana había llegado con media docena de cabras lecheras para aumentar el ganado de Kinfairlie.

Por su parte, Alexander había mandado que le enviaran de York seis jamones curados. Los hijos de sus aldeanos agregaron huevos de aves silvestres que habían recogido en el campo. Los músicos habían llegado ese mismo día, acompañando a los jamones; cuando pidieron alojamiento y limosna por las fiestas, él no pudo protestar.

Lo más asombroso de todo aquello era que se descubrió pensando en el inventario. Sumó y calculó hasta llegar a la conclusión de que podía alimentar a la considerable congregación durante cuatro

días, quizá; pasado ese tiempo se encontraría con problemas.

Cuando menos faltaban cuatro días para eso.

Alexander pasó deprisa junto a su atónito castellano y se detuvo en lo alto de la escalera. Allí chasqueó los dedos y se giró para enfrentarse a Anthony, cuyas cejas plateadas formaban una única línea de poblado reproche.

—Según los registros quedan todavía dos toneles de vino en la bodega. Ordenad que los lleven al salón. Esta noche los abriremos.

Aquellas cejas se dispararon hacia el firmamento.

—Milord...

—Obedeced inmediatamente, hombre —replicó el joven en tono seco, sabiendo que la orden sorprendería al castellano tanto como su tono—. Y no dejéis de probar el vino vos mismo antes de permitir que lo escancien.

Un poco de alcohol sentaría bien a aquel decoroso anciano, sin duda. Alexander bajó enérgicamente la escalera, con el corazón aligerado por la música, y resolvió beber también una cantidad de aquel vino.

* * *

Alexander se alegró de ver que sus hermanas habían llevado follaje al salón, pues él, inmerso como estaba en sus libros, había olvidado ese rito. Ardían cientos de velas y en el hogar se quemaba el leño de Navidad. Afortunadamente alguien había recordado también ese rito.

El salón estaba tibio y dorado, lleno a reventar de mesas de caballetes y gente que parloteaba. Había olor a carne asada; incitada por los músicos, la concurrencia cantaba una alegre melodía. En la mesa principal estaban sus hermanas, risueñas y ataviadas con sus mejores galas. Esa noche no lo atribulaba ni aun el ver la cabellera suelta de sus tres hermanas solteras.

Alexander podría haberse detenido en la escalera para saborear el espectáculo, pero lo sorprendió que su presencia fuera saludada con bulliciosos vítores. Los campesinos de Kinfairlie se pusieron de pie y alzaron hacia él los vasos de cerveza, gritando al unísono:

—¡Milord!

Lo saludaban. Ese inesperado tributo provocó que le escocieran los ojos por las lágrimas. ¿Qué había hecho para merecer tanto respeto? Se esforzaba, claro que sí, pero los hados conspiraban contra su éxito. Siempre dispuesto a la broma, se volvió para mirar hacia atrás, lo cual arrancó una sonora carcajada a los presentes.

—¡Dios bendiga al señor de Kinfairlie! —exclamó el molinero, a quien obviamente habían escogido como portavoz—. ¡El señor más bello que haya existido!

Hubo otro murmullo de risas. El hombre enrojeció.

—He querido decir que su alma es bella y que en sus tribunales hay justicia. —El molinero sonrió de oreja a oreja—. Aunque mi esposa me dice que tampoco es de mal ver.

Los presentes rieron.

—Lo que necesita nuestro señor es una esposa
—exclamó un audaz.

—¡No! ¡Lo que necesita es una docena de críos!
—gritó otro.

Pero el molinero levantó una mano para pedir silencio. Ya más sobrio, sostuvo la mirada de Alexander.

—Éste ha sido un año de desafíos inesperados para Kinfairlie. Aunque ninguno de nosotros habría podido desear la súbita pérdida del laird anterior y su dama —prosiguió, y muchos de los presentes se persignaron ante esa referencia a los difuntos padres de Alexander—, he sido designado entre todos para agradeceros, señor, que hayáis asumido vuestras obligaciones con tanta valentía.

El joven inclinó la cabeza.

—Me educaron para asumirlas, como bien sabéis.

El portavoz sacudió la cabeza.

—No son muchos los que habrían podido afrontar este último año con tanta entereza, milord; mucho menos con tanta gracia y generosidad. Hacéis honor a la memoria de vuestro padre, Alexander Lammergeier. Quiera Dios que prosperéis en Kinfairlie durante muchísimos años.

Dicho eso, el molinero alzó su copón aún más.

—¡Viva, viva el señor de Kinfairlie! —gritó alguien.

Y los presentes repitieron la bendición. Después de elevar los copones en un brindis bebieron con entusiasmo.

Alexander, aunque profundamente conmovido, disimuló su reacción con una broma, como era característico en él.

—Os lo agradezco sinceramente —dijo con una profunda reverencia—, pero debéis saber que he ordenado traer vino *antes* de saber que pensabais recibirme así.

Los presentes rieron. Luego los músicos entonaron una cancioncilla sobre los méritos del vino, algo relativamente raro en esa región. Alexander se paseó entre los campesinos, para saludar a cada uno por su nombre e intercambiar bendiciones navideñas. Se sorprendió celebrando con risas algún cuento y pellizcando la mejilla regordeta de una criatura; se divertía, a pesar de todo.

El peso de una mirada sobre él le hizo levantar la vista; una mujer a la que no conocía lo observaba con fijeza. Debía de pertenecer al cortejo de Madeline o al de Vivienne; tal vez era amiga de sus hermanas. Alexander se sintió intrigado. Ella lo observaba desde la mesa principal; sus ojos eran del verde más claro que él hubiera visto nunca.

Pero había tristeza en esos ojos; en sus labios, una curva descendente que atrapó la atención del joven. En cuanto sus miradas se encontraron, ella desvió la cara y se perdió entre las sombras. Llevaba el velo de las mujeres casadas, pero no la acompañaba ningún hombre. Peor aún: no se la veía alegre en esa noche de festividades. En ese momento él decidió cuál sería su misión.

Haría sonreír a esa dama. En otros tiempos había sido hábil para arrancar risas a las señoras. En otros tiempos disfrutaba de la compañía femenina. El desafío le aceleró el pulso, pues en el curso de ese último año no había tenido mucho trato con

mujeres. Sería bueno demostrar (o siquiera demostrarse) que no se había sacrificado por entero a sus obligaciones de laird.

El castellano le llevó un copón de vino rojo como el rubí. Aún tenía los labios tensos.

—Gracias, Anthony. —Alexander alzó la copa hacia los huéspedes reunidos en el salón—. Y a vosotros os agradezco, no sólo vuestro gentil saludo, sino también que me acompañéis en esta gran noche. Regocijaos en nuestro salón de Kinfairlie, todos y cada uno. Que este festín de vísperas sea sólo el primero de muchos.

Con un rugido de asentimiento, los presentes bebieron del vino y la cerveza del amo. Alexander levantó el copón hacia la bella dama sentada a su mesa, quien fingió no advertir su saludo. Pero bebió un sorbo y sus mejillas cobraron algo de color; ya era algún progreso.

Alexander Lammergeier no se dejaría derrotar con tanta facilidad.

Al contrario, avanzó con decisión para sentarse junto a ella, sin preocuparse ni pizca por la distribución de asientos tan cuidadosamente elaborada por Anthony para la mesa principal.

Conquistaría la sonrisa de esa dama, fuera cual fuese el precio.

* * *

Eleanor no era voluble, pero le bastó echar un vistazo a Alexander Lammergeier para cambiar de idea por completo. Se había equivocado al aceptar

el ofrecimiento de sus hermanas. Al ver al hombre en cuestión supo que no podía casarse con él.

Pues el señor de Kinfairlie no era lo que ella esperaba. Eleanor había imaginado un hermano viejo y rollizo, tal vez hijo de un matrimonio anterior, mucho mayor y menos atractivo que sus bonitas hermanas.

Pero Alexander no poseía ninguno de esos rasgos. Para empezar, era joven; apenas tendría cinco o seis años más que ella. Además, era terriblemente guapo, algo de lo que ella desconfiaba mucho. Y peor aún, era obvio que tenía conciencia de sus méritos. Como la misma finca de Kinfairlie, presentaba un atractivo que, sin duda, debía de ser superficial. No podía existir un soltero guapo y amable, así como no podía haber una finca totalmente apacible. Tanto el laird como su propiedad eran ilusiones y, por ende, indignas de confianza.

Es más, los campesinos le demostraban un cariño tan insólito que Eleanor llegó a la conclusión de que era un afecto fingido. Sin duda le daban cobarde por temor a algún capricho de su temperamento.

Más aún: a juzgar por lo que estaba a la vista, no había motivos para que el laird de Kinfairlie tuviera dificultad alguna en hallar esposa por su propia cuenta. ¿Qué sabían de él sus hermanas que Eleanor ignoraba? Se le ocurría un millar de defectos horribles.

Poco importaba cuál fuera la debilidad que lo aquejaba: ella rompería el trato inmediatamente. Y para sellar su decisión abandonaría Kinfairlie. Nadie la perseguiría mientras hubiera un banquete que saborear en un salón caldeado.

—Ya he decidido —susurró a Madeline, quien la miraba con optimismo—. No me casaré con vuestro hermano.

La sonrisa de la joven desapareció.

—¡Pero no podéis hacernos eso!

—Por supuesto que puedo. —Eleanor se puso de pie.

—Quedaos a comer, al menos —protestó Vivienne.

—¡Pero si no sabéis nada de él! —adujo Madeline, tan pragmática que, en otras circunstancias, la forastera se habría dejado convencer—. Tratadlo personalmente siquiera antes de decidir.

Eleanor negó con la cabeza y cogió su manto.

—Ha sido mala idea, aunque bien intencionada —dijo, obligándose a sonreír educadamente a las hermanas—. Os agradezco la cortesía. Mis mejores deseos para vosotras.

Y giró en redondo. Iba a huir, pero encontró a Alexander de pie ante ella.

No parecía dispuesto a moverse. Aunque su estatura y su corpulencia eran un obstáculo formidable, fue su encantadora sonrisa lo que hizo que la forastera dudara en mostrarse descortés. Bajo su mirada se sentía confusa y ruborizada; sin duda él lo sabía.

—No es posible que os marchéis si aún no hemos sido presentados, ¿verdad?

¿Y si las hermanas le habían contado su plan? ¿Y si era a ella, no a Alexander, a quien empujaban al matrimonio? La aterrorizaba que, una vez más, la buscaran por la fortuna que podía aportar a su marido.

—Os pido disculpas por mi prisa, pero es más tarde de lo que pensaba y debo partir de inmediato.

—¿Buscáis a vuestro esposo? Podemos mandarlo llamar —ofreció él, con una amabilidad que a Eleanor no le inspiró confianza.

—No tengo esposo. He enviudado —replicó.

Trató de pasar por su lado, pero él la sujetó por el codo. Eleanor se zafó bruscamente del contacto, aunque era suave. Él retiró la mano de inmediato.

—Perdonad. No tengo intención de haceros daño —murmuró, en tono tan contrito que cualquier otra mujer lo habría creído.

Pero Eleanor había oído muchas disculpas como ésa y se había visto atrapada por hombres ambiciosos. Sus pensamientos eran un torbellino. ¿Cómo era posible que las hermanas supieran lo de su herencia, si ella no les había dicho siquiera cómo se llamaba? Pero cuando hay una fortuna que conquistar, la noticia viaja con pies ligeros, tal como ella había descubierto.

Pero aun si los parientes de Ewen hubieran pasado por allí mientras ella dormía en la capilla de Kinfairlie, ¿podían haber revelado el verdadero motivo por el que la buscaban? Al fin y al cabo, cualquier hombre soltero y con atributos viriles podía adueñarse de su fortuna.

No lo sabía. Tampoco le importaba. Se sentía acorralada e inquieta bajo la mirada firme de ese hombre; la perturbaba que él hubiera reparado en su aversión al contacto. Era menester huir lo más lejos posible.

—Os agradezco vuestra hospitalidad, pero debo partir inmediatamente.

Ella misma percibía el miedo en sus palabras.

—Pues entonces os acompañaré a los establos —decidió Alexander, en un tono que no daba lugar a objeciones.

—No podéis marcharos sin haber comido —terció Vivienne.

—¡Nadie debe viajar en Nochebuena! —protestó Madeline.

—Debemos respetar los deseos de la señora —dijo él con firmeza.

A Eleanor le sorprendió que defendiera su decisión. Inesperadamente el laird le guiñó un ojo. El corazón de la joven se detuvo un instante: ¿qué hombre había coqueteado nunca con ella?

—Y yo me encargaré de que así sea —añadió muy decidido. Luego ofreció el brazo a la forastera.

Ella, atónita al ver que un hombre cedía ante su voluntad, aceptó su brazo, aunque sin permitirse reducir su desconfianza, y salió con él del salón. Le pareció extraño no sentirse más tranquila en el corredor, donde sólo había sombras y los ruidos distantes del festín.

Pero es que la acompañaba el laird en persona, desde luego, y mantenía toda su atención fija en ella.

—Quiero pedir algo antes de que abandonéis Kinfairlie —dijo el caballero, desviando una mirada hacia ella.

Tenía los ojos azules, poblados por un millar de chispas, como si no pudiera contener el buen humor, y las pestañas negras acentuaban lo impío de ese azul. Su pelo era negro como ala de cuervo. Tenía leves arrugas junto a los ojos, como si sonriera a menudo,

y estaba bronceado; sin duda pasaba mucho tiempo al aire libre. Sus modales eran perfectos; su elegancia no tenía igual. Ella reunió fuerzas para resistir la atracción, obligándose a recordar que no podía confiar en nadie. ¿Cómo saber qué mentiras era capaz de decir un hombre empeñado en cazarla?

—Tengo poco que ofrecer y aún menos inclinación a entregar lo poco que poseo —aclaró ella, apartando la vista.

Alexander rió entre dientes; un sonido encantador, por cierto.

—Sólo os pido vuestro nombre. Soy Alexander Lammergeier, laird de Kinfairlie, y os doy la bienvenida a mi residencia, por muy breve que sea vuestra visita.

—Estaba aquí sólo por la amabilidad de vuestras hermanas, pero os agradezco la hospitalidad. —Eleanor no dijo más, pero percibió que él esperaba. Sentía su mirada fija en ella y el leve rubor que le subía a las mejillas.

—¿No tenéis nombre? —preguntó, algo divertido.

—¿Para qué necesitáis saberlo? —replicó. Caminaban a pasos medidos, pese a que ella intentaba darse prisa—. Mi intención es partir para no regresar.

—Pues tal vez os busque, como hacen los caballeros dedicados a una gesta. Y será mucho más fácil cumplir la hazaña si conozco vuestro nombre.

La joven tuvo la certeza de que él se reía a su costa y le echó una mirada. Descubrió que aquellos ojos aún chispeaban, pero la observaban con avidez,

como si en verdad le interesara la respuesta. Ella pensó en la fortuna de su padre, algo digno de fascinación para cualquier hombre.

—No tenéis ningún motivo para buscarme —repuso remilgadamente.

—Claro que lo tengo.

Alexander lo dijo con tal convicción que ella se vio obligada a mirarlo otra vez. Su boca se tensaba en una sonrisa. Tenía un hoyuelo bajo una de las comisuras y parecía la imagen misma de la travesura. Él agitó un dedo.

—Queréis hacerme creer que no sois curiosa, pero ya veo que sí. Tal vez no deseáis alentarme, pues sabéis que el ogro que tenéis como tutor me devoraría de buen grado.

—¡No hay tal ogro!

Alexander asintió con aire sabio.

—Quizá expresáis vuestro interés por mí al temer por la suerte que pueda correr mi pellejo si asumo semejante gesta. Eso demuestra un carácter bondadoso, aún más atractivo que vuestra belleza.

—Quizá no expreso tal interés.

Él rió, sin dejarse amilantar, y Eleanor sintió la tentación de sonreír.

—Pero no es posible que estéis libre de curiosidad —la provocó él—. Ni siquiera preguntáis por los detalles de mi gesta, aunque os concierne con exclusividad.

—Sospecho que es como las de tantos hombres que van tras las mujeres. —Se atrevió a clavarle una mirada severa—. Una cópula, por las buenas o no, y un hijo varón, legítimo o no.

Los ojos de Alexander perdieron el brillo, sin que ella experimentara triunfo alguno por haberlo insultado.

—Tenéis una opinión muy sombría de mis congéneres.

—He aprendido a no esperar más ni menos que eso.

Él la observó antes de hablar.

—Qué extraño para una damisela. Y qué infortunado.

—No soy doncella —replicó Eleanor—; he envidiado dos veces. —Levantó el mentón para mirarlo con firmeza—. Muchos me considerarían ya bien experimentada. En cuanto a la Fortuna, es una compañera caprichosa.

—Bien que lo sé. —Alexander lo dijo con tanta ironía que ella osó echarle otra mirada. Él le sonrió—. Pero no creo que el mérito de una mujer se mida por su inocencia.

La suave convicción con que hablaba incitaba a creer que en verdad pensaba así. Pero los hombres eran mentirosos. No se podía creer en ninguno de ellos, mucho menos en alguien tan seguro de su propio encanto como ese Lammergeier.

Sin que ella hubiera respondido, cruzaron el último portal para salir al camino de ronda. Eleanor inspiró profundamente el aire frío y revigorizante. Aún nevaba, aunque no tanto como la noche anterior, y estaba oscuro. En los tejados de la aldea de Kinfairlie centelleaba la nieve. La tierra parecía amortajada en silencio; ella aguzó el oído, pero no percibió ruido alguno de cascos que se acercaran.

—Conque me suponéis del mismo jaez que esos hombres a los que habéis tratado. Sin embargo, no lo soy. ¿Cómo puedo persuadiros?

Ante esas palabras ella comprendió que la había estado observando, y se preguntó qué porción de sus pensamientos habría adivinado. Nuevamente la asustaban sus posibles intenciones.

—No me persuadiréis.

Entonces él sonrió. Por lo confiado de su sonrisa ella comprendió que no lo había disuadido. Por el contrario, parecía haber hecho lo opuesto.

—Pues entonces mi gesta será interesante, por cierto.

—Aunque me busquéis, no compartiréis mi lecho.

—No es ésa mi intención.

Ella ya no pudo contener su curiosidad.

—No comprendo. ¿Cuál es vuestro objetivo, entonces?

—Veros sonreír. Ni más ni menos.

Eleanor quedó tan impresionada que lo miró con fijeza. Él le sonrió; hasta su expresión era incitante, provocativa; la tentaba a continuar con el plan de sus hermanas. Tenía labios firmes y una mirada serena. Acostarse con él no debía de ser tan horroroso. El corazón de la dama dio un brinco nada habitual.

Entonces, burlona, vio la trampa oculta en sus palabras.

—Ah, pero sin duda exigiréis un tributo a vuestro éxito.

Alexander sacudió la cabeza.

—Si quisierais brindarlo, yo lo aceptaría, pero no es mi costumbre forzar a las mujeres que no me quieren.

Ella había olvidado que iba de su brazo; lo recordó en ese momento, ante su mirada firme. Bajo sus dedos aquel brazo era fuerte y cálido; creyó percibir el pulso de la sangre bajo la piel, pese a la barrera de la ropa. Aquél no era un anciano decrepito, sino un hombre joven y viril, a quien ella intrigaba. Lo miró otra vez; al detectar la curva traviesa de sus labios supo que, diez o doce años atrás, habría entregado su corazón a Alexander Lammergeier sin un murmullo de protesta.

Pero ya no era una doncella inocente. Desde luego, habría preferido ignorar las lecciones aprendidas, pero eso no cambiaba la forma en que habían moldeado su vida.

Apartó bruscamente la mano de aquel codo y se separó un paso, casi segura de que él se estaba burlando.

—Vuestra despreocupación es notable en un hombre tan cargado de responsabilidades como debe estarlo todo laird. —Cruzó los brazos contra el pecho; ahora sentía el frío, puesto que se había alejado un par de pasos de su calor—. Tal vez no seáis laird.

Entonces Alexander recobró la seriedad; su mirada pasó rápidamente por la aldea que tenía ante sí. Cuando volvió a Eleanor, su sonrisa era menos traviesa; su voz, más grave.

—Quizá es porque esta noche he decidido olvidar mis obligaciones.

Si su actitud juguetona era incitante, su seriedad lo era más aún. Eleanor nunca había podido resistirse a los hombres reflexivos. Era preciso marcharse, marcharse de inmediato.

Se obligó a sonreír, aunque fuera un gesto triste, y se encogió de hombros.

—Ya habéis cumplido con vuestra gesta, Alexander Lammergeier. Ahora me iré. Aunque vos descuidéis vuestras obligaciones, yo jamás olvidaré las mías.

—¿Ni siquiera durante una noche?

—Ni siquiera durante un momento.

Dicho eso, Eleanor volvió la espalda a ese hombre desconcertante y, después de ceñirse el manto, empezó a alejarse.

Kinfairlie no era buen refugio si tenía como laird a alguien como Alexander, capaz de hacerla dudar, siquiera un instante, de todo lo que sabía cierto.

Era mejor alejarse de esa falsa protección. Cuanto más lejos, cuanto más pronto, tanto mejor.